

ALOCUCIÓN DEL P. PETER-HANS KOLVENBACH EN EL COLEGIO SAN IGNACIO - ALONSO OVALLE

Santiago de Chile, 19 de julio 1999

Con mucha alegría me encuentro entre Ustedes, pues me siento su colega, ya que durante muchos años la Compañía de Jesús me destinó a trabajar como profesor. Les agradezco que me hayan invitado a estar un rato con Ustedes, miembros de la comunidad educativa de este Colegio de tanta tradición, situado en el corazón de esta bella ciudad de Santiago. Que este lugar geográfico, se convierta también, con el esfuerzo de todos, en el corazón real de esta urbe; pues el corazón simboliza el amor, la vida y las energías para vivir los grandes ideales.

A Roma no han dejado de llegarme informaciones de todos los buenos frutos de este Colegio. Frutos que se deben a su forma ignaciana de vivir su vocación de educadores en una obra apostólica de la Compañía de Jesús. Les doy mis gracias a todos Ustedes por gran entrega, fiel cooperación, sacrificado servicio en bien de los jóvenes que las familias, la sociedad, la Iglesia pone bajo su responsabilidad para que los formen como valiosos cristianos y ciudadanos. Si después de algún tiempo, recuerdan algo de esta charla, quisiera que recordaran mi sincero agradecimiento por lo que Ustedes hacen y lo que Ustedes son.

Quisiera ahora compartir brevemente algunas ideas y experiencias de la educación ignaciana. Sólo recordaré algunas; pues sé que las conocen muy bien gracias al estudio que han hecho de las “Características de la Educación de la Compañía,” las experiencias tenidas, y que les animo a seguir y dar continuidad, con los “Coloquios para el Ministerio de la Enseñanza de los “Ejercicios Espirituales”, y la participación e incentivación de las “Comunidades de Vida Cristiana” (CVX).

Siempre he considerado que en el campo de la educación de los jóvenes la formación del espíritu y del corazón es mucho más importante que la acumulación de conocimientos; pues el futuro de una persona depende de la calidad de vida que desarrolle en su caminar hacia la madurez, dirigiéndose a ocupar su lugar en el mundo contemporáneo.

Sé que los padres de familia, legítimamente, siempre tienen la inquietud de que sus hijos obtengan buenos resultados en los exámenes y consigan un nivel de vida que les permita formar dignamente un hogar y ser apreciados en su ambiente. Pero si reflexionamos, creo que debemos admitir que estos “éxitos” pueden reducirse a la nada si los esfuerzos de los jóvenes no se inspiran en el Evangelio, apelando a valores que trascienden al individuo. Para que sus vidas tengan pleno éxito deben llegar a ser hombres que no solamente tienen una competencia sino también una conciencia, una conciencia bien formada. Para conseguir este fin nosotros debemos enseñar con palabras aptas de ser comprendidas por el joven moderno; pero, sobre todo, debemos enseñar con nuestros actos, con nuestro ejemplo de vida en lo cotidiano del día a día.

El mensaje de Jesús en su predicación era que Dios ama a todos los miembros de su pueblo a pesar de sus debilidades y fallos; que El cuida de su bien, que El invita a amarle y amar a

todos los hombres sus hermanos. Para ejemplificar la bondad de Dios él llama la atención sobre la creación, sobre las flores del campo, los pájaros en el cielo, la diversidad de colores de las nubes. Cura los enfermos, libra a los poseos, llama los muertos a la vida, consuela a los afligidos. Su palabra, que es Buena Nueva, es fuente de vida. Prueba la seriedad de su compromiso con el hombre, su amor por todos, totalmente hasta el sacrificio del Calvario. Su mensaje no es banal, su compromiso no es superficial o pasajero, su generosidad fue sin límites.

Como educadores cristianos tienen un mensaje que comunicar: el mensaje de Jesús a jóvenes que van a vivir gran parte de su vida al inicio del próximo milenio; y este mensaje portador de vida debe formularse teniendo en cuenta su lenguaje y su cultura. Esto es un gran desafío, pues en un contexto de cambios profundos deben encontrar los medios que les permitan tocar el espíritu y los corazones de los jóvenes. Perfeccionarse continuamente en la pedagogía, en el arte de la comunicación, no es un lujo; es algo necesario para poder cumplir con su vocación de forjadores de la persona humana.

Una de las claves del éxito de una educación conforme a la tradición de la Compañía es dar a cada alumno una atención personal. Esto significa que dedicamos tiempo a conocerlo, que nos hacemos sensibles a sus esperanzas y a sus decepciones, que nos hacemos parte de sus alegrías y de sus penas, que animamos siempre a cada uno a desarrollar su personalidad según los dones recibidos de Dios, a descubrir sus capacidades. Esta comprensión personal, este amor desinteresado ayuda a nuestros jóvenes alumnos a crecer como personas destinadas a ser amadas y, a su vez, capaces de amar.

En medio de tantas sollicitaciones que ocupan su tiempo y su energía vuestros alumnos están a la búsqueda del sentido de sus vidas. El porqué y el para qué de la existencia están presente en ellos como un telón de fondo que les acompaña entre las miles luces deslumbrantes de la ciudad de los hombres en que agitadamente viven. Al menos inconscientemente tienen miedo de tener que vivir en un mundo que les parece dominado más por el terror que por el amor. A veces, quizás les han intentado explicar la vida de una manera muy cínica: como una amalgama de impulsos egoístas, donde cada uno busca satisfacciones inmediatas, donde se puede ser víctima inocente de un sistema inhumano sobre el cual no se puede hacer nada. Pero más allá de la confusión que les crean tantas interpretaciones de la existencia humana, los jóvenes sueñan, en el fondo de ellos mismos, con el deseo de dar pleno sentido a sus vidas y de encontrar la unidad, y la armonía, en ellos mismos y en su relación con los demás.

Esto significa que nuestra propia manera unificada de enfocar la vida debe ser atrayente para los alumnos, abriéndoles al diálogo sobre las realidades que realmente valen la pena. Esta actitud integrada e integradora de la vida debe animar a cada uno de los jóvenes a hacer suya propia la compasión profunda por las personas que sufren, la promoción de la justicia y de la paz, la lucha sin desaliento contra la fuerza opresora del egoísmo y de la búsqueda desenfadada del poder y del placer.

Es evidente que tanto los profesores como los padres de familia no tienen una tarea fácil. Sus hijos, sus alumnos pueden adherirse inconscientemente a actitudes que son incompatibles con la sabia locura de las bienaventuranzas. Con más frecuencia que jóvenes de otra generación pueden encontrar pretextos para “alejarse tristemente” como el joven del Evangelio, cuando perciben las implicancias de una visión cristiana de la vida y los

cambios que ella exige; refugiarse en la imagen falsa y fácil de la vida que presentan con frecuencia publicaciones, letras de canciones, y pantallas de cine y televisión. Están más expuestos que otros jóvenes que les han precedido, a dejarse tentar por la droga y por otras maneras de evadirse de la dura realidad de la vida.

Ellos mientras van caminando necesitan confianza, energía en sus debilidades, comprensión adulta y amor por parte de sus padres y de sus educadores con los cuales descubren el impresionante misterio de la vida humana a la luz de la fe. Como padres y educadores tienen toda la ayuda de Dios para favorecer el crecimiento integral, a la vez humano y cristiano, de estos jóvenes. Ustedes que llevan en su corazón el deseo de dar una formación sólida a alumnos que tienen todo un futuro por delante, tengan confianza en Ustedes mismos y en la mutua ayuda que entre Ustedes con tanta generosidad se dan. Jamás están solos; el Señor mismo, quien nos dijo “vayan y enseñen a todas las naciones”, también nos dijo: estoy con Ustedes todos los días” (Mt 28,20). Nuestra fe en la presencia, en la ayuda constante de Dios, nos da la seguridad que a pesar de nuestras debilidades podemos verdaderamente llegar a ser testigos del Evangelio y formar una generación competente, consciente, abierta al amor de Dios y sensibles a las necesidades del prójimo.

No quiero terminar, sin recordar el número de exalumnos que de este Colegio han entrado en el noviciado de la Compañía. Agradezco a sus familias y a sus educadores que cooperaron a que estos jóvenes dijieran sí a la llamada del Señor a seguirle de cerca.

De nuevo mis sinceras gracias a todos por su inestimable entrega a esta misión evangelizadora, que es la educación. Misión difícil, pero que llena de sentido y de plenitud la vida. Mis oraciones, mi aprecio personal, y mi apoyo siempre los acompañe.